

PELICULAS³⁴

Novela Semanal

Las maniobras del Amor

por
Olga Tschekova
Harry Liedtke

25
CTS



PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 34 :: 25 CTS.

DER FELDHERNHÜGEL 1926

Adaptación novelesca de la película

Las Maniobras del Amor

Obra de costumbres vienesas, maravillosamente interpretada por la estrella ÓLGA TCHEKOVA, HARRY LIEDKE, GEZA L. WOIS, MARIA MINDZENTY y HANS JUNKERMAN

EXCLUSIVAS "TRIAN" S. en C.

Consejo de Ciento, 361 :: BARCELONA

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 925: BARCELONA

¿Ustedes han oído hablar alguna vez de la primavera? En caso afirmativo ya se habrán enterado de que en esta época del año, según los poetas, trinan los pajaritos, cantan los arroyuelos su canción de vida y libertad, y las flores dejan escapar sus aromas al abrir los pétalos para recibir los cálidos besos del Padre Sol.

¡Señores y qué embusteros son esos entes de pelos largos y mirada lánguida que hacen versos... ¡Cuidado que dicen tonterías los compadritos de cachimba a lo Sherlock Holmes y chambergo de alas de paraguas! Porque la primavera, según el capitán Miraflor, no es nada de lo que ellos dicen, sino que se manifiesta por lo entrecortados suspiros de la gente joven enamorada, que en esta época marca el máximo exacerbamiento de sus pasiones.

Nosotros no sabemos si están en lo cierto los poetas o el capitán Miraflor; pero de lo que sí estamos convencidos es de que el ya citado capitán había reformado su calendario y para él eran primavera las cuatro estaciones del año.

En cuanto el capitán Miraflor salía de su cuarto de soltero, no tenía más que una preocupación; olvidar la última conquista para dar

cima a la primera que se presentara. Era una cosa inevitable en él eso de enamorarse de todas las mujeres que tuvieran dos manos y dos ojos. A las demás las dejaba en paz.

Lo de si eran morenas o rubias, no contaba para él. No tenía manías en eso de la coloración del piso superior de las hijas de Eva. Rubias o morenas todas eran dignas de su más fervorosa admiración.

Ahora, al dar comienzo a nuestra verídica y accidentada historieta, porque este relato no pasa de ser una historieta vivaracha y un es no es picardiosa, lo encontramos, ¿cómo no!, en pleno conflicto amoroso. El conflicto de todos los días: desengañar a la que el anterior adoraba rendidamente.

Era lo que se dice todo un «castigador» con unos ojos azules, claros cual una mañana de mayo y un pelo rubio, eternamente alisado y brillante. Su porte marcial, sus rasgos fisonómicos perfectos y su carita de niño bonachón, inspiraban la mayor confianza desde los primeros instantes de su trato. ¿Quién hubiera dicho que con semejante cara de inocente, al igual que el personaje de Zorrilla, empleaba «un día para enamorarlas, otro para conseguir las y otro para olvidarlas?»

Ella era una mujercita de ojos grandes y negros, de mirar profundo, óvalo perfecto y tipo esbelto, dulce e inteligente, apacible por naturaleza. Era una de esas mujeres en la plenitud de la vida que han pasado la época de los romanticismos para adentrarse de lleno en el terreno de las realidades.

El capitán Alvaro de Mirafior había tomado la palabra hacía ya una media hora y des-

pués de hablar y hablar con el atropellamiento de un gramófono, como si repitiera una lección cien veces proferida, no había dicho nada en concreto. Ella le escuchaba dando los últimos toques al busto en barro del capitán que estaba concluyendo. Porque no lo hemos dicho claro todavía; Marujita del Lirio, que así se llamaba la doncella de ojos negros, era una artista muy renombrada que hacía primores con el cincel.

De vez en cuando, mientras el capitán iba derrochando su vaga verbosidad, ella le miraba con el rabillo del ojo y sonreía, pensando donde diablos querría ir a parar al final su atribulado cortejador...

Y éste seguía hablando... hablando...

—De manera — le interrumpió por fin sonriendo Marujita — que tienes algo importante que comunicarme, querido Alvaro?...

Alvaro vió el cielo abierto al oír aquellas palabras. ¡Por fin Maruja se decidía a hablarle, a interrumpirle! ¡Ya era hora de que dijese ella algo también!

—Sí... eso, eso mismo... ¡Algo muy importante! ¡Algo magnífico!... No, no he querido decir magnífico: quise decir: terrible, horripilante, catastrófico...

—¡Pues desembucha de una vez, niño, que hace una hora que le estás dando vueltas a la madeja y se te va a enredar!

Alvaro de Mirafior no tuvo más remedio que dejar el mundo de los eufemismos para ir al grano del asunto.

—Te diré, Maruja de mi alma, te diré... Es el caso que mañana me caso.

—¿Y esto te parece una cosa terrible?—

estalló la artista, tirando al aire cinceles y buriles—. ¡Con las ganas que tengo yo también de casarme!

Y, sin darle tiempo a reponerse, echóse en brazos del atribulado capitán para celebrar dignamente tan agradable noticia.

Cuando Marujita dió por terminada la celebración y el capitán pudo hurtarse a sus apasionadas vehemencias, balbuceó con voz apenas perceptible:

—Es que... la muchacha con quien voy a casarme... no eres tú...

Maruja, al oírle, dudó un momento. No sabía cuál de los objetos más próximos escoger para estrellarlo en la cabeza del capitán; pero, al fin, se hizo cargo de que cuantos bibelots había en el estudio tenían mucho más valor que la cabeza del capitán y optó por tomarlo en broma. Después de todo, como éste era tan bromista, bien podía ser que aquello fuese una de tantas salidas de tono.

—¿De manera que no soy yo la... la perjudicada?

—¡Qué bromista eres!

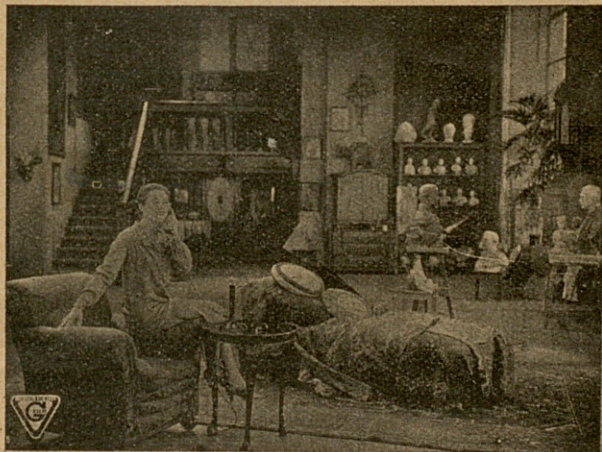
Maruja hubo de hacer otro esfuerzo para contenerse.

—Sí, sí, muy bromista, pero no tanto como tú, que, por lo visto, has tomado las mujeres por muñecos de pim-pam-pum. ¡Esta cae! ¡Aquella se levanta! ¡Cuidado que eres fresco, querido! ¿Cómo no se te ha ocurrido salir con los últimos expedicionarios al Polo? Sería el país ideal para ti...

—Mira, Maruja, no me hagas sufrir con tus ironías. ¡Yo te juro que de todas las mujeres que he conocido (y piensa que han sido

muchas) tú eres la única que dejará una profundísima huella en el surco de mi vida! Antes de venir he querido darte una prueba de que es verdad lo que te digo y para que te convenzas, mira: ahí va un recuerdo eterno.

Y, esto diciendo, le ofreció a su ex amada



un retrato con esta sentida dedicatoria: «A mi único y verdadero amor.—*Alvaro*.»

Marujita contempló brevemente la fotografía y tras este rápido examen preguntó con la mayor naturalidad:

—¿Mandaste hacer muchos retratos como éste?

—Tres docenas—le respondió Alvaro con la mayor ingenuidad—. Creo que tendré bastante

¡Bueno! La que se armó allí no es para descrito en este lugar. Nos repugnan las escenas de violencia y no queremos que nuestro caro lector tenga que leer punto por punto la relación de un verdadero combate entre una que ataca y otro que se defiende lo mejor que puede.

Sólo diremos que Marujita no reparó en que aquellos bibelots eran de mucho precio. Hubo carreras, sustos, gritos, chillidos, imprecaciones y todo el aparato que tan interesante momento requería.

Por fin, vueltas las cosas a su estado natural, Marujita preguntó a su desenvuelto y *único amor*:

—Por lo menos, ¿puede saberse el nombre de mi desdichada rival?

—Dos millones de coronas, tres castillos y dos autos.

—¡Bonito nombre, a fe mía! Si he de ser te franca, ya no me causa tanta pena el verme suplantada... al menos es algo que vale un poco la pena. Pero yo no quise referirme precisamente a ese nombre, sino al otro: al de pila y descendencia:

—Condesita Elena de Hornigrán.

—Gracias, querido; mandaré rezarle tres novenas para que la carga le sea leve. Ahora puedes retirarte.

—Es que...

—No repliques y retírate cuanto antes si no quieres tener un segundo acto del drama que acabamos de representar. Y a buen seguro que no tendrá un final tan acomodaticio.

—Yo no puedo abandonarte así, Marujita

mía; quiero que conserves un recuerdo eterno de mi amor. Ahí te dejo un retrato...

—Pero, hijito de mi alma, si ya me lo has dado hace un momento...

—Sí, sí, tienes razón, perdona; pero estoy tan trastornado que ya no me acordaba.

Y el enamorado capitán buscó la puerta de salida para evitar nuevas y contundentes complicaciones, mientras Maruja, cruzada de brazos ante el busto de Alvaro que estaba ejecutando, murmuró:

—¡Cuidado que eres sinvergüenza, niño de mi alma!... ¡Nunca pude imaginarme tanta frescura en tan poco sitio como no fuera al contemplar las barras de hielo!...

II

Al llegar a la calle, donde le esperaba su ordenanza Aníbal Druso, conocido en el cuartel por el nombre de «El Africano», montó Alvaro a caballo y dirigióse hacia el Prater, en busca de su amada, donde estaría dando su acostumbrado y cotidiano paseo mañanero.

Camino del Prater, pudo despachar todavía tres o cuatro asuntos con otros diferentes «únicos amores», a los que fué entregando el consabido retrato.

Lo que no pudo despachar fué el asunto que le planteó uno de sus numerosos acreedores al toparse con él en pleno arroyo, con una desconsideración rayana en la grosería.

¡Ni en la calle le dejaban a uno vivir en paz! Es el caso que el tal acreedor le presentó un pagaré del cual Alvaro ni siquiera se acordaba. De no haber sido por la firma hubiera dicho que no era suya la deuda. No recordaba la cara de aquel hombre que se atrevía a increparle de manera tan en contraposición con las leyes de urbanidad. Por lo demás, tenía tantos compromisos de la misma índole que ¡cualquiera se acordaba de uno más o menos!

—¡Si usted no me paga le embargaré el sueldo!—vociferaba el prestamista.

Aníbal Druso, «El Africano», puso oportuno fin a aquella enojosa escena. Tomó por un brazo al descompuesto acreedor y, llevándolo aparte, le dijo en tono confidencial:

—Oiga usted, caballero. Deje tranquilo a mi capitán y escúcheme a mí, que todo se arreglará.

—¡Aquí no hay más arreglo que pagar!

—¡Pero, hombre, no sea usted bestia, si no, todavía será peor para usted!

—¡El bestia lo será usted!... ¡Yo no toloero que me insulte!

—Perdóneme, buen señor; yo lo hago todo por su bien. Si no me quiere escuchar, allá usted con su mal genio.

—Está bien; explíquese ya de una vez... ¡Al grano, al grano, que mi tiempo vale mucho dinero!

—Mañana se casa mi capitán con una millonaria. Venga a vernos pasado mañana... ¡y asunto terminado!

Más o menos convencido, el prestamista aceptó la solución del ordenanza y dejó en

paz al capitán, que en aquellos momentos estaba saludando a su futura esposa y a su respetable y querida suegra.

Con una gratitud eterna no pagaría Alvaro a su ordenanza lo mucho que le debía.

El conflicto que acababa de evitarle en aquel instante era de los que merecían una espléndida recompensa. ¿Qué habría dicho su austera mamá política si se hubiera encontrado a su futuro yerno discutiendo a voz en grito con un prestamista en pleno paseo? ¡Alvaro no quería ni pensarlo!

—¡Aquí tienes una prueba de mi amor imperecedero, Elenita!—dijo el capitán al saludar a su novia, entregándole el retrato que ya conocemos.

—¡Pero si hay dos fotografías igualmente dedicadas!—exclamó la joven, sosteniendo una en cada mano.

Cualquiera que no se hubiera llamado Alvaro de Miraflores habríase quedado aturdido al escuchar las palabras de Elenita; pero el capitán era de los que no pierden la serenidad y pronto encontró la salida de aquel callejón que parecía no tenerla:

—¡Claro, nenita! Una para ti y otra para mi adorada mamá política...

La suegra, que había dejado asomar una mueca de disgusto en sus labios, la trocó por una sonrisa de gratitud y se guardó en su bolso la apasionada fotografía. ¡A nadie le amarga un dulce!

Mientras los dos novios, sentada ella en el coche y escoltándola él a caballo, se prodigaban las más enternecedoras miradas, en dirección contraria avanzaba por la misma ave-

nida del Prater, S. E. el duque Oscar, que, al llegar delante de las dos damas, paró su brioso corcel y las saludó con una inclinación que parecía iba a quebrársele el espinazo. No sabemos si se le rompería alguna de las ballenas del corsé. Lo cierto es que al inclinarse se oyó un ruido sordo y seco. Pero como estos ruidos se suelen producir infinidad de veces, cuando se hace un violento esfuerzo, vale más que pasemos por alto y no nos detengamos mucho en sonido más o menos.

—He recibido ya la invitación, señora condesa, y con mucho gusto asistiré a la boda de este pareja feliz.

—Su Excelencia es muy amable.

—Correspondo a los merecimientos a que, por su estirpe, son merecedoras, señora condesa. Ya sabe además hasta qué punto cuentan ustedes con mi aprecio...

Y en tanto que Su Excelencia y la señora condesa continuaban su charla y sus cortesías, Alvaro y Elenita descendieron, él de su cabalgadura y ella del coche, y perdiéronse en la umbría de los bosquecillos del Prater...

III

Aquella misma tarde, en la apacible quietud de la *garçonne*, estaba el capitán Mirafior entregado a la contemplación del anillo de boda, cuando un campanillazo que por lo nervioso no podía anunciar nada bueno, le hizo poner rápidamente en pie y en actitud defensiva.

Esta era la actitud natural en él cuando alguien llamaba a la puerta de su casa; de manera que con muchísima más razón habría de serlo en aquella ocasión en que el campanillazo era de los que ponen en guardia al más línfático.

Quien de manera tan destemplada venía a turbar la paz de aquel rincón de dulzura era nada menos que la ofendida Maruja. Había estudiado bien su caso y no estaba dispuesta a verse burlada de la manera despreocupada que pretendía hacerlo su ex novio. ¡Oh, volubilidad, tienes nombre femenino! ¿Cuántas veces había cambiado de modo de pensar desde aquella mañana? ¡Ni ella misma lo sabía! —¡Hoy no te casas, Alvaro!—dijole por toda entrada.

—Ya lo sé, querida; me caso mañana.

—¡Es que ni hoy, ni mañana, ni nunca!

—Siento no poder darte gusto, pero ya están todas las personas invitadas a la boda... Pide cualquier otra cosa que no sea esto y

te lo concederé. ¡Ya sabes que te adoro con toda mi alma y tus deseos son leyes para mí!

—¡Digo que no te casas, y no te casarás! ¡Basta ya de monsergas!

—¿Vas a impedírmelo, tú, rica?

—¡Naturalmente!...

—¡Pero, mujer, comprende que...!

—¡No comprendo nada! El feo que me has hecho dejándome plantada de esta manera no te lo perdono tan fácilmente. Yo asistiré a tu boda.

—¡Por Dios, Marujita de mi alma, deja que siga una vez en la vida recta de los hombres sensatos!... ¡No me busques una ruina que tú serías la primera en lamentar!

—¡Prepara orquesta, porque te aseguro que habrá baile!—exclamó, saliendo con la misma velocidad que había entrado, sin atender más razones.

¡Y lo hubo! ¡Vaya si lo hubo! En el momento en que los dos novios salían de la iglesia, ya casados, para ir a su palacete, Marujita del Lirio les salió al paso y comenzó a besar a Alvaro con verdadero frenesí, al mismo tiempo que le decía las más tiernas frases de amor.

La condesa madre, indignada al presenciar aquella tan poco edificante escena, cogió a su hija de la mano y, separándola de su esposo, díjole con dignidad casi olímpica:

—¿No le da vergüenza haber engañado a su esposa sin esperar siquiera a serle fiel por unos momentos?

Y luego, ya en el coche:

—¡A casa!—ordenó al chofer.

Y su magnífico Mercedes salió raudo hacia

el hogar, seguido del de Alvaro, en el que se introdujo Maruja, y de los asistentes a la boda.

La escena tuvo allí su lógico remate. La condesa hizo retirar a Elenita y despachóse



a su gusto con aquel hombre, a quien ya no consideraba como yerno suyo.

—¡Lo que usted ha hecho, caballero, es in-calificable, y le exijo que devuelva la libertad a mi Elenita!

—Yo le aseguro, señora...

—¡Cállese usted! ¡Por lo menos no me exaspere! ¡Es usted un libertino, un monstruo indigno de entrar a formar parte de mi familia!

—Yo le ruego que me permita...

—¡No le permito nada! ¡Ni usted ni esa... señorita tan apasionada tienen que decir nada que pueda interesarme!

La escena ofrecía por momentos peor cariz. Los acompañantes comenzaban a llegar y a esparcirse por los salones, pues afortunadamente, casi nadie se había dado cuenta del incidente.

El pobre Alvaro no sabía que hacer. Marujita, colgada de su hombro, esperaba tranquilamente a que se resolvieran los acontecimientos. La condesa fué la que hizo volver al capitán al mundo de la realidad:

—¡Salga usted inmediatamente de mi casa! —exclamó con ademanes de cómica de la legua.

Y el capitán no tuvo más remedio que obedecer tan ingrata indicación.

Al mismo tiempo que el capitán abandonaba la casa de Elenita, S. E. el duque penetraba en ella y felicitaba cordialmente a la suegra del capitán.

—¡Han tenido ustedes un gran acierto, señora!—ponderaba el duque—. Su hija Elena no podía encontrar un marido más honesto, más abnegado, más noble, más amante del hogar...

—No continúe, Excelencia—interrumpió la dolorida madre—. Hoy mismo se entablará la demanda de divorcio. El capitán Mirafior no puede ser el marido de mi hija.

Y mientras en el hogar de los Hornigrán comenzaban los invitados a entregarse al comentario irónico y mordaz, sin duda para desquitarse de que los dejaban sin la tan suculenta como esperada comilona, el capitán

Mirafior regresaba a su *garçonnière* con cara de condenado a la última pena.

—¿Qué le ocurre a usted, mi capitán?—preguntó el ordenanza al verlo llegar de aquella forma—. ¡Sólo lleva cinco minutos de casado y ya vuelve con esa cara!

—¡No me molestes! ¡Márchate a pasco! ¡Y aunque oigas dos o tres disparos antes de llegar a la calle, no te preocupes; es que me estoy suicidando poco a poco para no hacerme mucho daño!

—¡Por Dios, mi capitán, no hay que tomar las cosas tan a pecho!

—¡Márchate!

Una llamada estrépitosa en la puerta decidió a Alvaro a empuñar el revólver que desde su llegada estaba acariciando.

—¡Abre la puerta, y sea quien sea, déjale la entrada franca! ¡Antes de morir quiero matar a alguien!

Aníbal obedeció y segundos después estaba el usurero del pagaré ante el desesperado capitán.

—¡Llega usted a tiempo, amigo mío!—díjole con sencillez el capitán—. Menos mal que antes de marchar de este mundo puedo hacer una buena obra y me ganaré el cielo.

El pobre hombre no quiso escuchar más razones y salió en busca de la puerta.

Aníbal cuidó de devolverle su perdida serenidad.

—¿Dónde va usted tan aprisa?

—¡Al infierno!

—No corra tanto, que ya llegará, tarde o temprano. Siéntese y sóséguese, que mi ca-

pitán no se acuerda ya de que usted existe en el mundo. Siéntese, que hablaremos.

Con la natural desconfianza, el usurero sentóse al lado del ordenanza y éste continuó:

—¿A usted no le gustaría hacer un estupendo negocio?

—¡No, no! No quiero más negocios en esta casa!

—Oígame y conteste: ¿Usted piensa cobrar este pagaré?

—Hombre... como usted comprenderá...

—Pues mire usted; si piensa volver por aquí y quiere seguir mi consejo, hágase un buen seguro de vida...

—¡Esto es amenazarme! ¡Denunciaré el caso a los tribunales!

—No sea usted idiota, que lo que le propongo es un buen negocio. Usted firma la póliza de seguro y luego viene a ver a mi capitán... Lo demás corre de nuestra cuenta. Usted no habrá de hacer más que estirar la pata y asunto concluido! ¡Un negocio colosal! ¡Puede usted firmar un seguro de dos millones de pesetas!

El usurero, a quien, por lo visto, asustaban los negocios en tan gran escala, no quiso seguir escuchando los fantásticos planes del ordenanza y bajó los escalones de cuatro en cuatro. Mientras tanto, el enamoradizo Mirafior, por primera vez en su vida, sentía unos violentos latidos en la parte izquierda del tórax y no podía apartar de su mente la imagen de la adorada mujercita...

El timbre del teléfono le hizo desviar el curso de sus pensamientos.

—¿Quién?—preguntó malhumorado.

—Soy yo, tu Marujita...

—¡Déjame en paz!

—¿Vendrás a verme esta noche?

—¡No!

—¡Anda, monín, sé bueno!

—¡He dicho que no!

Y, colgando el aparato, dejó a la escultora con la palabra en los labios.

IV

Al día siguiente de la catástrofe matrimonial del capitán Alvaro de Mirafior, recibía éste el siguiente oficio del ministerio de la Guerra:

El capitán Alvaro de Mirafior, del 18 montado, ha sido designado para tomar parte en «las maniobras que se celebrarán el día 8 del corriente.

¡Menos mal que esto le serviría de distracción y de olvido! En otra ocasión habría buscado mil maneras de eludir su asistencia a las maniobras, pero entonces recibió la orden con verdadero placer.

Marujita del Lirio, por su parte, estaba sinceramente arrepentida del paso que había dado y estaba decidida a componer, fuera como fuese, lo que de manera tan brusca había descompuesto.

Al tener noticia de la pronta partida de Alvaro para asistir a las maniobras se fué a su *garçonnière* y le preguntó muy formal:

—¿Fú amas de verdad a esa mujercita?

—No puedo ocultártelo, Maruja; estoy perdidamente enamorado de ella y mi vida no tiene razón de ser después de lo ocurrido.

Maruja soltó una de sus frescas y cristalinas carcajadas y exclamó dando ánimos al que había sido su amor de unos días:

—No te pongas lánguido, querido. Yo te prometo que el divorcio no seguirá adelante y que no tardarás muchos días en considerar-te el hombre más dichoso de la tierra.

—¡Apesar de todo, qué buena eres, Maruja!

—No; fui mala y me arrepiento. Para ti el amor de Elena es algo que está por encima de nuestras locuras y no quiero ser la causa de tu infelicidad y de la de ella. Deja, pues, este asunto para mí y acude a las maniobras con la seguridad de que todo tendrá un buen fin.

Unos días después, los preparativos de las maniobras llevaban revuelto al pueblo de Molinat.

César Augusto Scipión, coronel del 18 montado, era quien había de dirigirlas y llevaba ya tres días en el poblado confeccionando los planos estratégicos. El pobre César Augusto estaba ya cansado de la vida de milicia y de cuartel y miraba con envidia a su compañero Bonachón, ya retirado con el grado de general.

Pero la esposa de César Augusto no toleraba que su esposo pidiera el pase a la reserva sin que la hubieran hecho generala. En cuanto alcanzara este grado no tendría inconveniente en que su marido dejara el cuar-

tel para siempre; pero antes, ¡de ninguna manera!

—¡Ay, amigo Bonachón! — exclamaba el buenazo de César Augusto mientras examinaba el programa de fiestas que se celebrarían con motivo de las maniobras—. ¡Quien como tú pudiera encasquetarse esta chistera en lugar del casco de águilas ¡Fíjate en este programa a desarrollar y compadéceme!

—¿Por qué no pides el pase a la reserva si estás cansado de la milicia?

—¡Imposible! Mi mujer quiere ser generala.

Y colocando sobre sus plateados cabellos la airosa chistera de Bonachón, un poco ladeada hacia la izquierda, murmuro entre suspiros:

—¡Reconoce, amigo Bonachón, que en cuanto salga a la calle de esta forma y con mi pasito marcial y jaranero, el mundo se estremecerá al contemplarme!

En cambio, la coronela no necesitaba chisteras para hacer temblar al mundo. Con su caminar de apisonadora en funciones le bastaba y le sobraba para que un remembar de muebles y estanterías anunciara su llegada.

—¡Por Dios, Bonachón, recoge tu chistera! ¡Ahí llega ese mortero del 42 y si me encuentra con la chistera calada tendremos una tragedia!

Pero la coronela, que se hallaba más cerca de lo que suponían, gritó desde la puerta con voz potente:

—¿Acaso se ha anticipado el carnaval?

—Es que mi compañero Bonachón...

—¡Ahí tienes el discurso que has de pro-

nunciar en las fiestas del bi-centenario, con cuyo motivo se celebran estas maniobras!

Y, sin dignarse esperar a conocer la opinión de su esposo, salió de la habitación y se dirigió al hotel de Molinat a preparar sus *toilettes*, pues ella se consideraba personaje importante en aquellas fiestas del bi-centenario del regimiento de su esposo.

El pobre César Augusto quedó perplejo ante aquel montón de cuartillas que había de neterse en el seso y de su contemplación vino a sacarle un «¡A la orden, mi coronel!» de un suboficial.

—¿Qué ocurre de nuevo?

—Se nos informa que asistirá a las maniobras el príncipe heredero de Waterland, nación vecina con la cual está nuestro país en cordiales relaciones.

Retiróse el suboficial y el coronel se dejó caer en la poltrona.

—¡No me abandones, dios Marte, en este trance!

Su amigo Bonachón se acercó a él compadecido.

—No hay que desesperarse, César. Uno de esos trances me valió a mí el pase a la reserva.

—¡Desembucha, que soy todo oídos!

—La ocasión se te ofrece que ni pintada. Estas fiestas y maniobras son de bastante responsabilidad y toda pesa sobre ti. Pues bien; comete mil y una tonterías, no des pie con bola y te pasarán a la reserva.

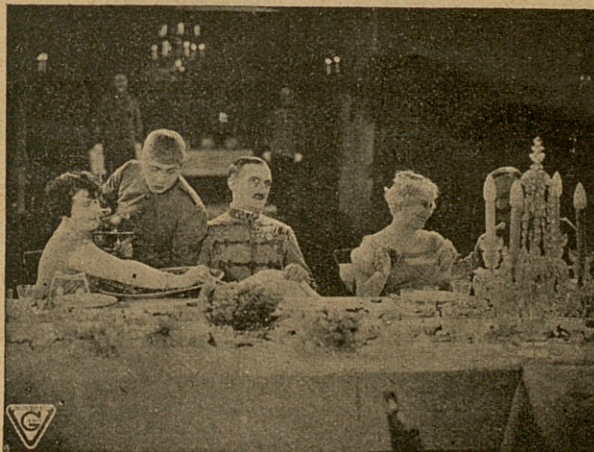
—¡Y mi mujer me dejará como para que vayan a recogerme con una espuerta!

—No, hombre, no; antes de pasarte a la

reserva te ascenderán al generalato para que no protestes, y... ¡a calzarte la chistera y a partir corazones de modistillas por esas calles!

—¡Ay, si eso fuera cierto!

—Lo será si tú quieres.



—Si de mi voluntad depende, no te preocupes, porque voy a tomarme estas maniobras en serio y ello será lo suficiente para que me asciendan, no a general, sino para que me den el quinto entorchado. ¡No va a quedar títere con cabeza!

Despidiéronse los dos amigos y el general comenzó a tragar el discurso que su costilla le había redactado:

«Son estos momentos de tanta emoción para mí que precisaría la elocuencia de Praxiteles, Goya y Nabucodonosor para expresar...»

—¡A la orden, mi coronel!

—¿Qué novedades hay?

—Este pliego es para usted. Es urgente.

César Augusto cogió el pliego que el ordenanza sostenía en su diestra y leyó:

«El capitán Alvaro de Mirafior, portador de la presente, ha sido anexionado al 18 montado durante las maniobras y se pondrá a las órdenes del coronel del mismo.»

—Dile que venga a verme dentro de una hora.

Salió el ordenanza y César Augusto comenzó otra vez:

«Son estos momentos de tanta trascendencia para mí, que precisaría...»

—¡A la orden, mi coronel! Este pliego para usted. Es urgente.

El coronel inquirió el contenido del mismo:

«Bajo expresa demanda del financiero Meyer, será retirada la paga del capitán Alvaro de Mirafior, hasta dejar saldada una deuda contraída con el abajo firmado. Lo que le rogamos se sirva comunicarle.»

—Está bien, se lo comunicaremos.

«Son estos momentos de tanta trascendencia...»

—¡A la orden, mi coronel! Dos damas desean hablarle de un asunto que concierne al capitán Mirafior.

—¡Recontra con el dichoso capitán! ¡Que pasen!

Las damas en cuestión eran la condesa de Hornigran y su hija que venían a ver al coronel para que éste interviniera en el asunto del divorcio y consiguiera que el capitán anulara su matrimonio.

—Señoras, yo les prometo que haré cuanto esté en mi mano por conseguirlo.

—Aguardaremos sus noticias en el hotel.

César Augusto las acompañó prodigándoles las cortesías que tan señaladas damas merecían y cuando ya creía poder entregarse de lleno a sus cuartillas, volvió otra vez a oírse la voz del ordenanza:

—¡A la orden, mi coronel! Una señorita desea hablar a usía de un asunto referente al capitán Mirafior.

—¡Que me traigan a ese hombre! ¡Que lo fusilen sin formación de causa!—gritó exasperado—¡Dile que no estoy!

—Eso sí que no es verdad, señor mío—interrumpió una voz fresca y cristalina.

César Augusto, al ver aquella criatura tan linda, se quedó boquiabierto.

—Que se le ofrece a usted, señorita—articuló por fin.

—Soy Maruja del Lirio, la escultora, laureada en varios concursos, y...

—No siga, su nombre me es sobradamente conocido. Usted dirá en qué puedo serle útil.

—¿Sabe, señor coronel, que tiene una cara muy expresiva?

—¿De veras, preciosa?—repuso él entusiasmado por la voz zalamera y los arrumacos de la artista.

—Y tan de veras. Es usted la misma expresión hecha carne. ¡Cuánto me gustaría hacer su busto!...

—Espere unos días y me lo podrá hacer con chistera.

—Es usted un hombre encantador.

—No es la primera vez que me lo dicen. ¡Mi caída de ojos es irresistible!

—¡Mortal de necesidad! Pero oígame usted, coronel: ¿Verdad que si le pido un favor no me lo negará?

—Pida por esa boca de piñón.

—Pues bien: desearía que no se mezclara usted para nada en el asunto del capitán Mirafior y esas damas que acaban de salir de aquí.

—El caso es que...

—¡Ay qué busto le voy a hacer, mi coronel!

No le quedó más remedio a César Augusto que acceder a todo lo que le pedía la artista. ¡Tenía un modo de pedir las cosas la condenada!... No hasta la puerta de la sala de banderas, hasta la misma puerta del cuartel la acompañó el coronel, sintiendo en el alma tener que dejarla tan pronto. ¡Maldito discurso!

Ya se disponía a empollárselo cuando otra vez fué interrumpido:

—Este telegrama para usía, mi coronel.

—¿Es urgente?

—No lo sé, pero es un telegrama—articuló con buena lógica el ordenanza.

«Su Excelencia el duque Oscar avisa que asistirá a las maniobras y se interesa particularmente en que el di-

vorcio del capitán Mirafior se active lo posible.»

Apenas hubo concluido la lectura, César cayó anonadado, sin fuerzas.

—¡Esto es el caos!... ¡Adiós mi busto!... Se interesa, precisamente, por lo que a la otra no le interesa. ¡En cuanto ese capitancete se me ponga delante...brrr!

—El capitán Mirafior solicita ser recibido por usía.

¡¡¡Que pase en el acto!!!

Unos segundos después se hallaban los dos frente a frente.

—¡Señor capitán, le concedo tres días para divorciarse!

Como el interesado tratara de hacer un gesto, el coronel vociferó aún más:

—¡Le doy cuatro días para que liquide sus deudas!

—Yo me permito observarle, mi coronel...

—¡Usted aquí no se permite nada! ¡Apañados andariamos! ¡Me está volviendo loco! ¡Usted es una perturbación para el ejército y para la nación!

—Si mi coronel me lo permitiera...

—¡Yo no permito nada! ¡Usted se divorcia sin que yo se lo pida! ¡Usted paga sus deudas!... Y después... después desaparece del mapa. ¡Puede retirarse!

Viendo que el horno no estaba para bollos, Alvaro se retiró más que deprisa, sumido en un mar de confusiones por aquellas órdenes tan terminantes. ¿Quién había podido informar tan detalladamente al coronel? Y mientras él se devanaba los sesos en conjeturas,

César Augusto volvía a su discurso para ser interrumpido en el acto.

—Su señora esposa ha entrado en el cuartel...

—Ahora sí que se me viene el diluvio encima—gritó pegando un salto sin dejar concluir al ordenanza—. ¿Cómo le digo yo a esa fiera que no he podido llegar a la tercera línea?

V

En la alegre y luminosa villa de Molinat, donde se desarrollaba ya todo el aparato de las maniobras que debían efectuarse al día siguiente, no había más que un hotel y en él se hospedaban todos los oficiales y sus familias. Ello proporcionó al avisado ordenanza de Mirafior, ocasión para hablar con alguien que debía ser su amita. Le hizo un retrato de su amo, colocándole en las nubes y con alitas en el dorso:

—Crea, mi señora ama, que sería usted la mujer más feliz del mundo haciendo las paces con mi capitán.

—No puede ser. Su comportamiento es indigno de un caballero.

—Yo puedo jurarle que en esto ha debido haber algún error. A lo mejor aquella señorita que le besó al salir de la iglesia le tomó por un primo...

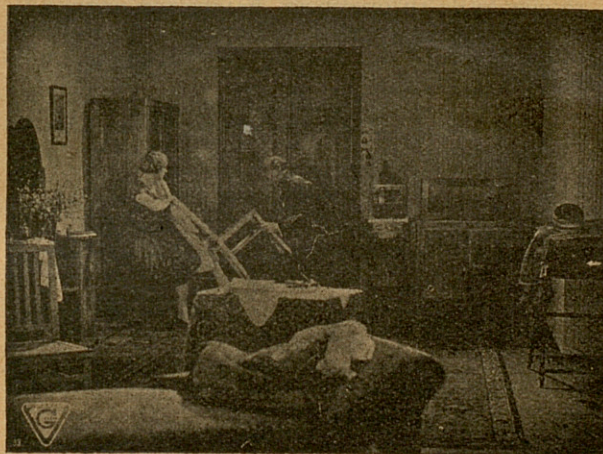
—Es inútil que te esfuerces... Tu amo y yo hemos terminado.

—No sea usted así, amita mía. Si quisiera hablar un momento con mi capitán.

—¿Está en el hotel?

—Naturalmente. Y deseando abrazarla. Se pasa las noches deshecho en llanto.

—¡Pobrecito!



—¡Si usted lo viera, le tendría lástima!

—Pero es que mamá no quiere que se arregle.

—Mientras lo quiera usted...

—¿Y dices que está arrepentido?

—¿Cómo arrepentido? El no es culpable de nada. Si quiere se lo traigo. Está en una habitación casi contigua a la suya.

—Hombre, si de verdad estuviera arrepentido...

Anibal comprendió que tenía ganada la partida y salió corriendo, mientras decía:

—Va usted a verlo por sus propios ojos. Voy a pasarle aviso.

Al entrar Anibal en el cuarto de su amo, tuvo que toser diez veces para que éste se diera cuenta de su presencia. Estaba tan engolfado abrazando a la escultora, que ni un camión hubiera logrado hacerle volver la cabeza.

—¿De veras me perdonas, Alvarito mío?—le decía la artista.

—Por este beso, y por este, y por este, te juro que no te guardo rencor.

—Pues yo te juro que no te divorciarás de tu esposa.

—¡Menos mal!—articuló Anibal.

—¿Decías algo?

—Una orden del servicio... Si me permite un momento.

Capitán y ordenanza separáronse de Marujilla y el muchacho lo puso al corriente de todo lo que sucedía.

—Bien, dile que la espero con los brazos abiertos.

—No; mejor será que vaya usted a precipitarse en los de ella. No sea cosa que le dé la idea de entrar mientras está la señorita y la volvamos a estropear.

Momentos después los dos esposos se encontraban tan solos y tan a gusto, deseando que no les molestara nadie. ¡Si la condesa lo hubiera sabido!

Cómo se las arreglaron Marujilla y el orde-

nanza, es cosa que nadie ha podido saber con certeza; pero la realidad demostró una vez más, que la astucia vence, no tan sólo a la fuerza, sino hasta a la razón.

En una deliciosa entrevista que tuvieron en la terraza del hotel, Maruja convenció al duque de que Miraflores sería un esposo modelo para Elenita y éste pudo celebrar la noche siguiente, después de las maniobras, su noche de bodas. El coronel fué ascendido a general, después de su magnífico discurso en la fiesta del bi-centenario que fué una de las más brillantes que se recuerdan, y la endiablada Marujilla dió comienzo a tres bustos: el del duque, el del coronel y el del ordenanza, que tan heroicamente se había portado en aquellas maniobras del amor.

FIN

*No deje de comprar se-
manalmente*

PELÍCULAS

*la única novela cinemato-
gráfica que publica los ar-
gumentos de los films más
importantes y de más pal-
pitante actualidad*

